

James Salter, en solitario

Edgar Esquivel

En el relato “La última noche” —que da título al libro de diez historias—, hay una fallida muerte inducida (la de Merit) quien al amanecer siguiente a la que iba a ser su última noche no sólo desbarata, sorpresivamente, una complicidad (entre Walter, su marido, y Susana, amiga de ella), sino que su reacción inicial (la de alguien que estuvo listo para morir) fue el reclamo a su pareja de lo que no ocurrió: “algo hiciste mal”. Tal vez la afectada resta importancia al acto de doble traición del que es, y no fue, objeto, pues sólo reserva su coraje hacia el hecho de continuar con vida. Todo ocurre dentro de un escenario de ordenada cotidianidad, fluida y tersa, insoportablemente planeada, y sin embargo los pasajes en cuyos diálogos se hace un monumento a la nostalgia no conducen hacia el final previsible: *Lo que sea que une a las personas había desaparecido*. En todo caso ese es el factor humano que convierte los cuentos del escritor James Salter (Nueva York, 1925) en piezas de orfebrería dramática que conceden fuerza inusitada al encanto de los personajes y sutileza a sus excesos. ¿Cuándo comenzamos a tener noción de la miseria nuestra, individual, la que provoca irritaciones y lástima?

En los textos de Salter lo cotidiano abjura la gloria en cualquiera de sus manifestaciones. No es posible, en tal circunstancia, sino paisajes agrestes, tan sórdidos, que terminan por invocar la realidad antes y después de lo impensable. La escritura diáfana de un americano radical como lo es el autor de *Años luz* y *Quemar los días* (una autobiografía perfecta) se vuelve entonces un instrumento necesario para presenciar con cruda valentía los compases armoniosos del dolor o la ingratitud.

Y el panorama de lo próximo resulta indiferente cuando los protagonistas se jue-

gan el alma en aquellas decisiones personales que terminan por ser inevitables: sin sorpresas ni pretensiones la vida del día a día no se puede trastornar dada la certeza de que después de un final el mundo continuará tal y como lo hemos conocido. La ilusión es en realidad una intriga vital, pero resulta impensable negarles intensidad a esas historias que se desarrollan sin principio ni conclusión expresas, dentro de una intimidad que se aferra a la esperanza menor. Como con Phil, personaje de “El cometa”: *Lo había hecho todo mal, se daba cuenta, mal y a destiempo. Había echado a pique su vida—. Pero hay algo que puedo decir con el corazón en la mano: si se presentara la oportunidad, volvería a hacerlo.*

En la categoría de ficción —escribió Richard Ford sobre Salter— la buena escritura nos interesa porque es el lugar donde nosotros, los lectores, esperamos que la escritura sea lo más memorable posible. Es

un virtuoso, y seguramente no hay intuición tan penetrante para los detalles del mundo y su nada obvia problemática emocional, ni mirada tan perspicaz para nuestra frágil naturaleza como su intuición y mirada. James Salter es ese viejo piloto de guerra que aprendió a ver la realidad desde una altura envidiable, donde la velocidad de las cosas no mitiga la capacidad de adivinar la posición de los engranes del alma y su necesaria perdición.

Otro escritor, también aviador, Saint-Exupéry, resumió magistralmente en un par de líneas (en *Vuelo nocturno*) esa forma ardua de escatimarle palabras fútiles a la aventura que cada uno termina por construir como decisiva alrededor del pasado inmediato: “luego de escoger, se conforma uno con el azar de la propia existencia e incluso puede amarla”. ¿Quién nos revela dónde recoger nuestra porción de eternidad antes de que las circunstancias ejecuten su plan secreto? Para Arthur y Noreen, protagonistas en el relato “Palm Court”, el desenlace de sus escarceos no podía ser mejor (literariamente hablando), es decir, de acuerdo a la estética de Salter: *Pensó en el amor que había llenado la gran habitación central de su vida y en que no volvería a conocer a nadie como ella. No supo qué lo embargaba, pero en medio de la calle se echó a llorar.*

Justo como un cuadro de Edward Hopper, la escritura de Salter retrata en *La última noche* el drama en ciernes que funge como el tenue fondo de normalidad y transparencia de un equilibrio —espiritual, material— logrado a golpe de personalidad soterrada pero consecuente: la traición es en realidad para los otros, como ese poeta que *había hecho de su vida un noble lamento, siempre recorrido por esa cosa que tuviste, que tendrás siempre, que ya no puedes tener. u*

